

Tribuna abierta

Yucatán

POR
Koldo Mediavilla



Casos como los de Durango, Sestao o Azpeitia retratan un tipo de hacer política protagonizado por EH Bildu y Podemos en el que resulta más fácil incentivar la movilización para que otros aporten soluciones que afrontarlas con compromiso cuando los mismos que se ponen al frente de la manifestación tienen en su mano resolver el problema y no quieren o no saben hacerlo

LÉIA el otro día una pequeña reseña histórica que pone en evidencia la estupidez humana conjugada con soberbia.

El explorador español Francisco Fernández de Córdoba desembarcó en 1517 en una península del nuevo mundo. Y como buen "conquistador" decidió poner nombre a aquellas tierras. Cuentan las crónicas que para bautizar aquel paraje preguntó a la población indígena sobre la denominación de la costa en la que había desembarcado. Y en virtud de la respuesta que obtuvo determinó que aquella tierra se llamara Yucatán. En realidad, el término "yucatán" en lengua maya significa "no entiendo", que fue la respuesta que una y otra vez repitieron los aborígenes a las interpelaciones sesudas de Fernández de Córdoba.

A veces tengo la impresión de que pertenecemos a una sociedad irrefrenable en lo que a demandas se refiere. Se pide, se exige, todo y ahora. Como si a la ciudadanía, o a una buena parte de ella, solo se interesara por los derechos propios y poco por los deberes de cada cual.

Esa sensación resulta frustrante porque lo que trasciende es que para mucha gente, los poderes públicos están para servir a sus intereses, perdiendo la perspectiva de valores tales como el esfuerzo, el trabajo o la cooperación. Y en ese egoísmo en el que el individualismo impera, se pierde de perspectiva no ya la realidad y sus límites, sino el sentido mismo de la comunidad y del bien común.

Estas últimas semanas hemos asistido perplejos a debates o controversias que abonan esta percepción. En mi ámbito próximo, como representante electo vizcaino, asistía consternado a un discurso disolvente en sede parlamentaria que pretendía denunciar una supuesta dejación de las administraciones en relación al transporte público y de manera especial a las nuevas y futuras inversiones del ferrocarril metropolitano. El muñidor del relato, que pretendía encabezar una protesta de agraviados, inculpaba a las instituciones de no hacer nada, de no comprometerse con las nuevas infraestructuras, dejando en la estacada a una comarca, a unos barrios, a los que solamente se apelaba en periodo electoral, engañando a la gente —que, por cierto debe ser tonta— con

señuelos de obras que pasado el tiempo se guardaban en un cajón. "Como siempre" —apostillaba el procurador en cuestión—. El tribuno denunciante, representante de un adanismo político insolente y sin complejos, se olvidaba, quizá conscientemente, que a quienes imputaba de "no haber hecho nunca nada" eran los mismos que habían habilitado hasta tres líneas diferentes del metro en Bizkaia. El transporte que miles de personas exigentes como él disfrutaban desde hacía tiempo y que, al parecer, había surgido en nuestro subsuelo por "generación espontánea" o "por la presión social de la gente". Pero que no se reconozca una gestión pasada, o unos frutos que todo el mundo puede ahora hacer uso —como si hubieran existido siempre— no tiene nada que ver con la insensatez de pedir y reclamar el cielo a sabiendas de que lo requerido tiene un coste económico inasumible. Resulta frustrante escuchar, entonces, esa retórica de resabiados que escépticamente indica: "Dinero ya hay para otras cosas". Una artimaña falsaria que sirve para mantener irreflexivamente cualquier petición, por estrambótica que resulte. Es desalentador encontrarse siempre enfrente una pancarta, con una reivindicación cargada de literatura para camuflar su falta de viabilidad.

Es muy fácil convocar a tus vecinos a una consulta popular para que den su opinión sobre un desarrollo urbanístico, sin explicación previa, ni contextualización. Es muy lustroso "dar la palabra al pueblo" sobre lo que podría hacerse en un entorno, sin decir a los consultados que la libranza de ese espacio urbano costó 250 millones de euros que, en algún momento, el ayuntamiento deberá ayudar a sufragar, como tiene comprometido en un convenio suscrito años atrás.

Y es que, ahora que el tren ya ha dejado de pasar por el centro del municipio, ahora que ya no existe ninguno de los 27 pasos a nivel que cuarteaban el pueblo, es sencillo decir que la ingente obra que posibilitó todo eso la pague Rita la pollera y que en lugar del desarrollo urbanístico previsto para generar recursos, se construya una gran zona verde, como Central Park.

Es muy guay eso de "dar la palabra al pueblo", pero no lo es tanto ocultar a la gente las consecuencias que puede tener no cumplir con los compromisos contraídos. Y es muy feo, en términos democráticos, invitar a un convite que paga otro.

¡Qué fácil es predicar sin dar trigo!

Más ejemplos. Todavía guardo en mi retina la imagen de Pablo Iglesias, Mayoral, Lander Martínez y otros dirigentes de Podemos fotografiados con el comité de empresa de

Es muy lustroso "dar la palabra al pueblo" en Durango sobre lo que podría hacerse en un entorno sin decir a los consultados que liberar ese espacio urbano costó 250 millones de euros que, en algún momento, el Ayuntamiento deberá ayudar a sufragar

En Azpeitia, setecientos nuevos puestos de trabajo pueden perderse por la decisión política de la Izquierda Abertzale de negar el uso de una instalación industrial existente en el municipio. Luego, nos vendrán con la pancarta. A reivindicar

La Naval en las puertas del astillero. Allí, aquel día —el 22 de octubre de 2018— la cúpula del equipo morado censuró gravemente al Gobierno vasco y a su lehendakari por "no haber movido un dedo" en defensa de aquel equipamiento industrial para el que pedían una "nacionalización".

No es sencillo olvidar la exigencia del mismo partido para incorporar una partida presupuestaria en Euskadi que interviniera en la compra de activos del astillero. Y más irrefrenable mención es recordar que los mismos que esto solicitaban como condición inexcusable para apoyar las cuentas vascas, formaban parte del gobierno de su España sin que su posición de privilegio sirviera para nada. Ellos, desde el gobierno del Estado, podían haber rescatado a la empresa, incorporado a la factoría en Navantia o, en el último extremo, podían haber adquirido los terrenos de la empresa para garantizar su continuidad industrial evitando cualquier tentación especulativa. Pero, ¿qué hicieron tras un año de coalición en la Moncloa? ¿Qué acuerdos protagonizaron al respecto en el Consejo de Ministros? Ninguno. Cero patatero.

Pero la lista de despropósitos parece no tener fin. Hay que luchar contra el "cambio climático" (por supuesto). Y es preciso ir abandonando la dependencia de los combustibles fósiles, aunque en algún caso —como el gas— sean la transición necesaria para llegar a las nuevas fuentes energéticas limpias. Dice EH Bildu que gas ni oler.

Entonces, si no es posible tan siquiera explorar, para saber si hay gas o no, habrá que encontrar una alternativa con la energía eólica. Pues tampoco. Que molinillos ni para moler café.

Sin embargo, el disparate más notable de cuantos estamos conociendo, no ha tenido aún desenlace. Imaginemos, en la actual situación de crisis económica provocada por la pandemia, que un grupo empresarial está dispuesto a llevar a efecto una inversión de cincuenta millones de euros para poner en marcha una planta que procese varillas de



acero para la construcción, lo que en el sector se viene en denominar *corrugados*. Pensemos que tal iniciativa industrial llevaría aparejada la creación de doscientos puestos de trabajo directos y otros quinientos inducidos en empresas auxiliares y del entorno. Con estos números y previsiones, cualquier administración del país se daría con un canto en los dientes para hacerla viable en su ámbito. Pero cualquiera no significa todas.

El proyecto en cuestión existe y la única condición que plantea es poderse desarrollar en una factoría ya existente, cerrada hace ocho años, pero en condiciones de hacer prosperar con éxito la iniciativa. La fábrica se encuentra ubicada en el casco urbano de Azpeitia, donde la acería funcionó hasta la crisis de su último proyecto industrial. El ayuntamiento de la localidad, presidido por EH Bildu se opone a la reactivación de la industria e invita al grupo empresarial a ejecutar su proyecto fuera de los ámbitos urbanos. Esto provocaría que la necesidad de financiación del proyecto se multiplicara por tres haciendo inviable el negocio. La razón esgrimida por la alcaldesa de EH Bildu se centra en una supuesta prohibición del Plan General de Ordenación Urbana que, según ella impide la actividad de la acería. Sin embargo, Gobierno vasco y Diputación de Gipuzkoa, que apoyan la inversión, no ven ilegalidad alguna en la puesta en marcha del proyecto puesto que la supuesta prohibición no llegaría hasta la aprobación de una normativa especial que lo determine y que, al día de hoy no existe.

La decisión final pende de un hilo. Simplemente de la voluntad política del gobierno municipal de EH Bildu. Setecientos nuevos puestos de trabajo pueden perderse por la decisión política de la Izquierda Abertzale. Luego, nos vendrá con la pancarta. A reivindicar. Ver para creer.

Esto sí que no lo entiendo, o lo que es lo mismo, Yucatán. ●

* Miembro del EBB de EAJ-PNV



Colaboración

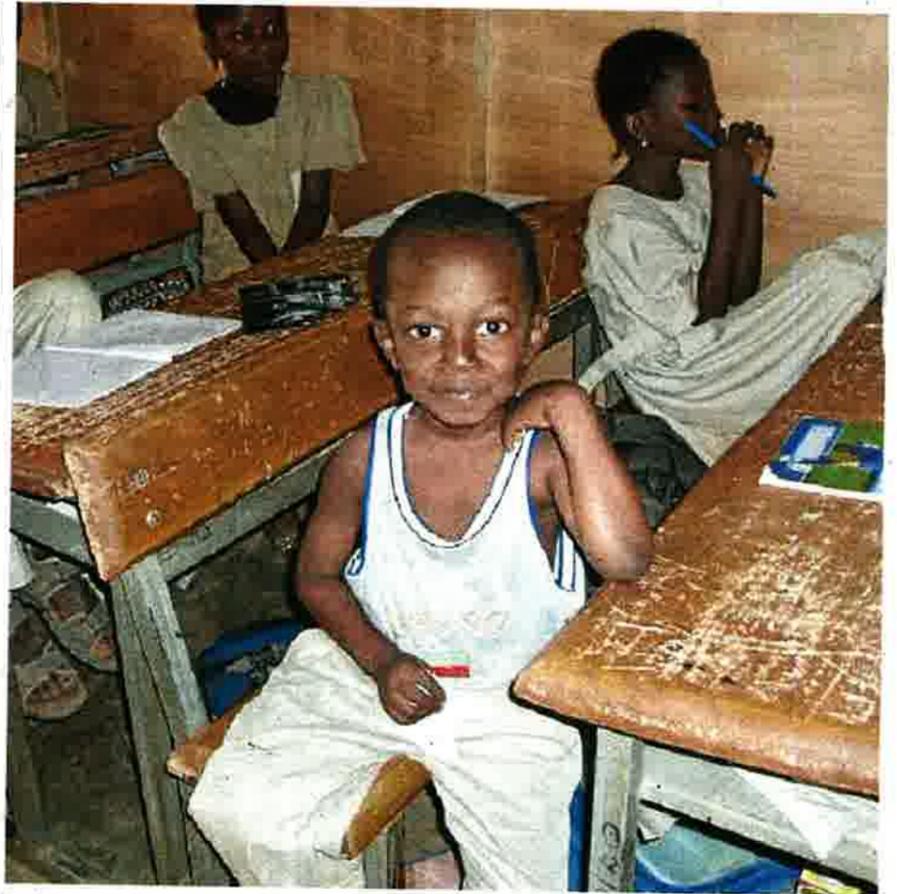
El futuro de África

Por Igor Barrenetxea Marañón

LAS sociedades occidentales siempre han sido muy conscientes del pilar esencial que es la educación para impulsar el desarrollo material y democrático, para cerrar la brecha social entre ricos y pobres, para el empoderamiento femenino. La escuela no solo es un templo de conocimientos, sino de esperanzas. Y aunque, en la actualidad, el nivel de exigencia es cada vez mayor y nuestros jóvenes deben prepararse muy bien para obtener un trabajo cualificado, en el continente africano el acceso a la escuela es un artículo muy restringido y peligroso. Esta situación es un lastre que hunde más y más su adversa realidad, consumida por la desesperación y, por supuesto, la amenaza del yihadismo. Tristemente, en muy poco tiempo, se han producido varios secuestros de escolares en Nigeria (12 de diciembre de 2020, en Kankara, 344 chicos; el 17 de febrero de 2021, en Kagara, 42 estudiantes; el 26 de febrero, en Jangebe, 371).

La ONG, Save the Children, estima que en territorio centroafricano hay cerca de dos millones de niños sin escolarización y 10.000 centros cerrados. Siendo las chicas las que, realmente, padecen de forma mucho más brutal esta suerte adversa, al quedarse más desprotegidas, y ser víctimas de abusos y embarazos. Según la ONG citada, uno de cada cinco niños no forma parte del sistema educativo, en cifras redondas, de 80 millones de menores que hay en Nigeria, en total, 13 millones son ajenos a una formación. Parte del factor más importante reside en la pobreza. Las familias viven al día, requieren de la aportación de cada uno de sus integrantes para ir tirando y, así mismo, tampoco cuentan con medios para sufragar los gastos que les acarrearía el que asistan a los centros escolares. Un bucle que se cierra sobre sí mismo. Muchos de estos factores ya se vivieron en la vieja Europa a lo largo del siglo XIX e inicios del XX, pero con otros mimbres, ya que los estados acabaron por impulsar una legislación propicia a defender a la infancia, apostando de forma plena por la educación y por la mejora de las condiciones sociales. No fue una batalla fácil. Sin embargo, en esta región del Sahel, en la que se puede englobar no solo el noreste de Nigeria, sino Camerún, Malí o Burkina Faso, hay un ingrediente terriblemente corrosivo: el yihadismo. Un elemento disruptor que no solo provoca víctimas y desplazados, sino miedo. Hay que pensar que para Boko Haram, la organización yihadista más conocida en la zona, su nombre significa la educación occidental es pecado.

Si bien no es el único grupo que opera, ya que existen otra serie de organizaciones mafiosas que medran en el caos, amén de otras sucursales nacidas al calor del Estado Islámico. En todo caso, la escuela representa la implantación del Estado y, por lo tanto, es un objetivo prioritario para ellos, es un blanco fácil de atacar.



Por desgracia, el referente de lo sucedido en Chibok, el 14 de abril de 2014, cuando 276 niñas fueron raptadas de una escuela, significó un antes y un después para Boko Haram. Se produjo una reacción y una campaña internacional muy fuerte (BringBackOurGirls) exigiendo la liberación de las muchachas. Pero su efecto, más que ser una medida de presión contra los yihadistas, les ofreció un marco perfecto de propaganda. Boko Haram llevaba operando ya varios años y nadie se había preocupado hasta ese momento. Desde entonces, se dio a conocer en el mundo y se dio cuenta del efecto mediático positivo que ha cobrado para ellos. Lo peor fue que en la medida que se iba apagando el eco de la noticia, la gente se fue olvidando de las secuestradas, desvelando la hipocresía occidental. No hubo una reacción ni unas medidas precisas para evitar que esto pudiera repetirse.

De hecho, la suerte de estas niñas fue muy esquiva, todavía nada se sabe de más de ciento cincuenta de ellas. Las que consiguieron huir o ser rescatadas revelaron que pasaron por un infierno, fueron obligadas a casarse con los integrantes como si fuesen trofeos o meras esclavas sexuales. A partir de ahí, el secuestro de estudiantes, para pedir rescates u otras exigencias, se ha convertido en un recurso muy extendido. Los medios de comunicación occidentales han aprendido, tardíamente, la lección. Informar es una cosa y ayudar a ser visibles a estos grupos otra muy distinta. Claro que esta situación ha llevado a que los prógenitores teman cada vez que sus jóvenes retoños cruzan el umbral de sus casas, ante la inseguridad creada y prefieren que no se vayan. Pero eso tiene sus efectos perniciosos, no solo que impi-

de que haya un avance generacional, sino que las féminas sean las más afectadas al negárseles el único instrumento valioso para salir de su rol tradicional, muy indefensas ante un mundo hostil.

A todo esto hay que añadir que, en esta zona del Sahel, los niños sin futuro pueden acabar siendo reclutados a la fuerza o por no tener otra salida, y formar parte de estas milicias, lo que contribuye a reforzar esta espiral de terror. La violencia endémica, además, ha llevado al desplazamiento a Burkina Faso, por ejemplo, de más de 600.000 menores que están sin escolarizar. Lo mismo sucede en otras regiones de Nigeria, afectadas por las razias de Boko Haram y otros grupos. La incapacidad de los estados por controlar y poner coto a los grupos armados se une al hecho de que los militares actúan de una forma brutal contra la población civil, que teme tanto a los integrantes como a las fuerzas gubernamentales. Una alternativa ha sido sugerir el impulsar la educación digital a distancia, como se hizo en Europa durante el confinamiento provocado por la pandemia el año pasado. Claro que, a diferencia de los problemas que tuvieron los centros del viejo continente de adaptarse a esta revolución de la educación no presencial, en esta región africana, tan solo uno de cada diez docentes tiene acceso a Internet o a un ordenador, y ya no digamos las propias familias. Desde luego, mucho debe cambiar la situación para que haya un futuro para esas poblaciones, por eso, la actitud hacia ellas del mundo ha de transformarse drásticamente por la de solidaridad y compromiso. ●

* Doctor en Historia Contemporánea